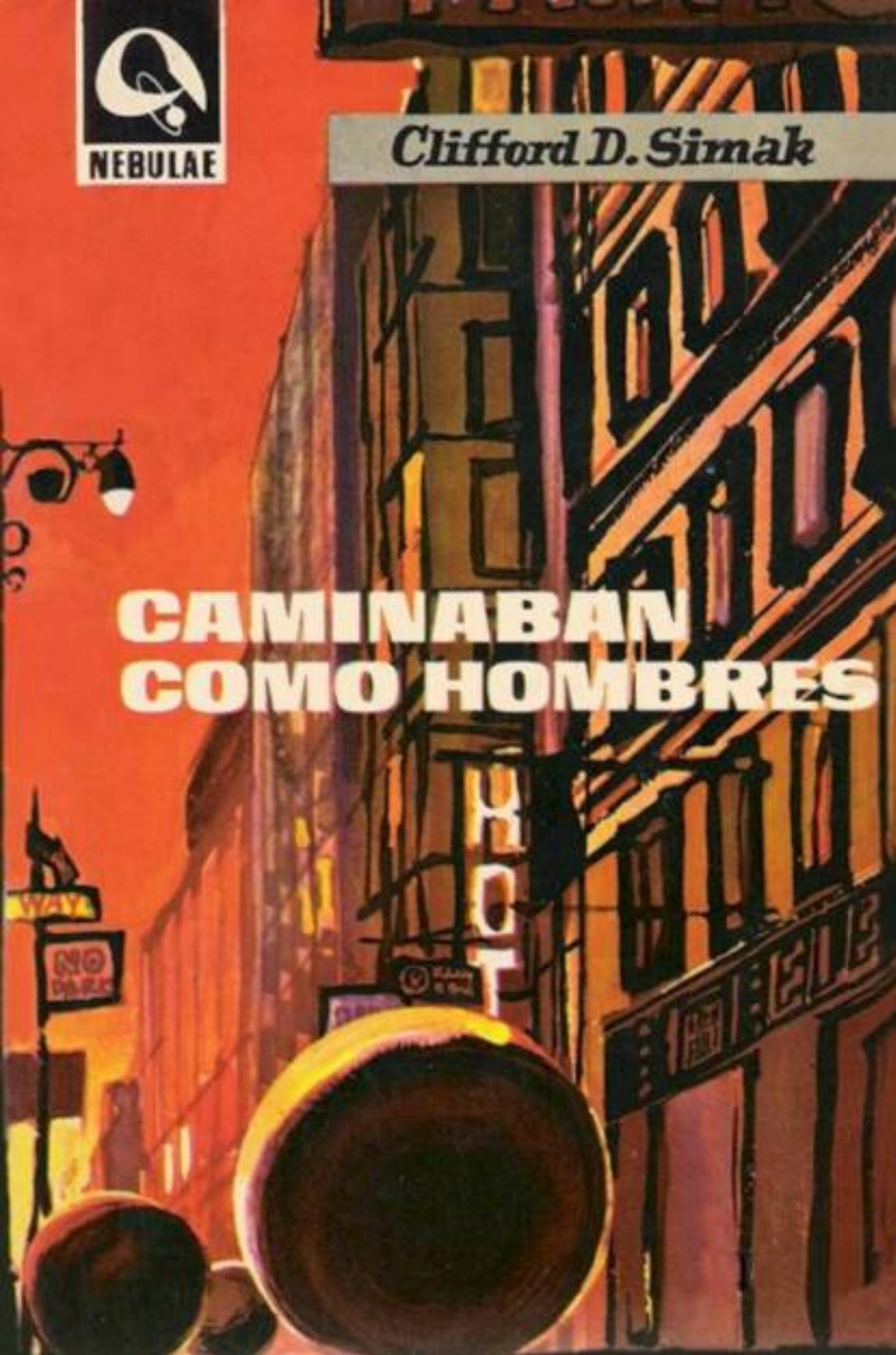




*Clifford D. Simak*

**CAMINABAN  
COMO HOMBRES**



Me quedé allí en la oscuridad y podía sentir el terror que se cerraba en torno a mí. Y cuando traté de tocar ese terror con un dedo, no había nada allí. Ya que no era terrible; era cómico, una trampa dispuesta frente a una puerta, un grupo de bolas paseando silenciosamente por el campo. Era el material del cual estaban hechas las películas cómicas. Era algo demasiado ridículo para creerlo. Era algo que a uno le haría reírse a carcajadas mientras le estaba matando. Parker Graves, periodista, llega una noche a su casa para descubrir que ante su puerta se ha dispuesto una trampa. Para horror suyo, esta trampa se convierte en una bola, de esas de bolera, y huye. Muy pronto, toda la ciudad se transforma en el escenario de extraños sucesos, los edificios son comprados por sumas fabulosas, no se renuevan las licencias de arrendamiento, los negocios establecidos son cerrados, y nadie encuentra un lugar donde poder vivir.

## CAPITULO I

Era el jueves por la noche y yo había bebido demasiado, el portal estaba muy oscuro y eso fue lo único que me salvó. Si yo no me hubiera detenido bajo la luz del portal, justo frente a mi puerta, para sacar las llaves, habría caído en la trampa, tan seguro como que existe el infierno.

El que haya sido jueves por la noche, no tiene nada que ver con él asunto, pero esa es mi forma de escribir. Soy un periodista, y los periodistas ponen el día de la semana y la hora del día y toda esa otra información pertinente en cada cosa que escriben.

El portal estaba a oscuras porque el viejo George Weber era un mezquino. La mitad de su tiempo la empleaba en discutir con los otros inquilinos para que cortaran la calefacción o para que no instalaran aire acondicionado o porque nuevamente las cañerías no estaban funcionando o porque jamás se preocupaban de pintar y redecorar la casa. Nunca discutía conmigo porque a mí no me importaba. Era un lugar para dormir y ocasionalmente para comer y pasar los pocos ratos libres que me quedaban, y eso era todo. Nos llevábamos bastante bien los dos, el viejo George y yo. Jugábamos a las cartas y bebíamos cerveza juntos y cada otoño nos íbamos a South Dakota, para la temporada de la caza de faisanes. Pero este año no iríamos, ya que esa misma mañana había llevado al viejo George y a su esposa al aeropuerto y les había despedido por su viaje a California. Y, aunque el viejo George se hubiera quedado, igualmente no habríamos podido ir, ya que la próxima semana

yo debía salir en el viaje que me había preparado el patrón durante los últimos seis meses.

Estaba buscando las llaves y mis manos estaban muy poco firmes, ya que Gavin Walter, el editor y yo nos habíamos enredado en una discusión acerca de los escritores científicos y si debieran meterse en cosas como las reuniones de consejo y P.T.A. y otros temas. Gavin decía que sí y yo que no, y entonces él me convidó con unos tragos y después yo le convidé unos a él, hasta que llegó la hora de cerrar y Ed, el encargado de la barra, nos tuvo que echar. Cuando salimos del bar, pensé seriamente si debía arriesgarme a guiar mi propio coche o si debía volver a casa en un taxi. Finalmente, decidí que posiblemente podría conducir, pero me fui por las calles de poco tráfico en donde difícilmente podría encontrarme con la policía. Había llegado a casa sano y salvo y había dejado el coche en la plaza que tenía el edificio de departamentos, pero no había tratado de estacionarlo. Simplemente, lo dejé en medio de la plaza de estacionamientos.

Tenía grandes dificultades para encontrar la llave apropiada. Todas parecían iguales, y mientras estaba en esto, se resbalaron de entre mis dedos y cayeron sobre el alfombrado.

Me incliné para recogerlas y fallé en el primer intento y también en el segundo, por lo que tuve que arrodillarme para aproximarme más a ellas.

Y entonces fue cuando lo vi.

Considerad esto: Si el viejo George no hubiera sido un avaro, habría puesto luces más fuertes en el portal, para que así uno pudiera ir directamente hasta su puerta con la llave que correspondía, en vez de tener que ir hasta el medio del portal, y buscar y rebuscar a la escasa luz de una miserable bombilla. Y si no hubiera comenzado esta discusión con Gavin y tomado una carga considerable de alcohol, nunca habría dejado caer las llaves. Y si así hubiera ocurrido, las habría podido recoger sin tener que arrodillarme. Y

si no me hubiera puesto de rodillas, jamás habría podido observar que el alfombrado estaba cortado.

Ustedes comprenderán, no estaba desgarrado. No estaba gastado. Sino cortado. Y de una forma muy divertida — en forma de semicírculo frente a mi puerta. Como si alguien hubiera empleado el centro de mi puerta como punto focal y, con una navaja atada al extremo de una cuerda de más o menos un metro de largo, hubiera cortado un trozo semicircular de la alfombra. Lo hubiera cortado y dejado allí, ya que el trozo no había sido extraído. Alguien había seccionado un trozo semicircular de ella y lo había dejado en su lugar.

Y eso me dije a mí mismo, era algo endiabladamente gracioso, algo sin sentido ninguno. Porque, ¿para qué desearía alguien cortar la alfombra de una manera tan particular? Y, si por alguna razón inexplicable, alguien lo hubiera querido hacer, ¿por qué había dejado el trozo allí?

Extendí un dedo cautelosamente para asegurarme si estaba en lo cierto, si no estaba viendo visiones. Y estaba en lo cierto, excepto que no era un trozo de alfombra. El material que estaba dentro de ese semicírculo de un metro parecía exactamente igual que el alfombrado, pero no lo era. Era una cierta clase de papel —muy delgado y fino— que se asemejaba al máximo con el alfombrado.

Retiré la mano y me quedé allí, de rodillas, y ya no estaba pensando tanto en el trozo cortado ni en el papel que allí había, sino que estaba pensando cómo explicaría mi postura de rodillas si alguien de los otros pisos llegaba hasta el portal.

Pero nadie salió. El portal continuó desierto y tenía ese particular olor enmohecido que uno asocia con los portales de los edificios. Sobre mí escuché el sonido de la bombilla eléctrica, y por ese sonido supe que estaba a punto de fundirse. Y el nuevo cuidador vendría a cambiarla por una de mayor tamaño. Pero, me dije en un segundo pensamiento, eso sería muy extraño, ya que el viejo George le habría ins-

truido hasta en los más mínimos detalles acerca de la economía de la manutención.

Nuevamente extendí la mano y toqué el papel con la punta de los dedos, y tal como había creído, o por lo menos así pensaba, era muy similar a papel.

Y la idea de la alfombra cortada y el papel en su lugar me hizo enfurecerme. Era una sucia broma y fraude inmundado y arranqué el papel de un tirón. Bajo el papel estaba la trampa.

Me puse de pie torpemente, con el papel aún colgando de entre mis dedos, y me quedé mirando la trampa.

No podía creerlo. Ningún hombre en su sano juicio lo habría creído. La gente no va por ahí poniendo trampas para otras personas, como si se trataran de osos o zorros.

Pero la trampa se quedó allí, en el suelo, dentro del corte en el alfombrado y hasta ahora cubierta por el papel, tal como un cazador humano hubiera cubierto su trampa con una fina capa de hojas o pasto para ocultarla de su víctima.

Era una trampa de acero, de gran tamaño. Yo nunca había visto una trampa para osos, pero me imaginé que esta era tanto más grande que una trampa para osos. Era una trampa humana, me dije, ya que había sido dispuesta para un humano. Para un humano en particular. Ya que no cabía ninguna duda que era para mí.

Retrocedí alejándome de ella hasta que choqué contra el muro. Me quedé allí apoyado, mirando la trampa, y en la alfombra, entre donde yo estaba y la trampa estaba el manajo de llaves que se me había caído.

Era una broma, me dije para mí. Pero, estaba equivocado, lógicamente. No era una broma. Si hubiera caminado hasta la puerta en vez de llegar hasta bajo la luz, no habría sido ninguna broma. Tendría una pierna destrozada —o quizás las dos piernas y algunos huesos rotos— ya que las mandíbulas de la trampa eran dentadas, como una sierra. Y nadie, en este mundo de Dios, habría podido separar esas mandíbulas una vez que se hubieran cerrado sobre su pre-

sa. Para liberar a un hombre de una trampa así se habría necesitado de llaves especiales para separar esas mandíbulas.

El pensamiento me hizo estremecer. Un hombre podía desangrarse totalmente antes de que alguien pudiera abrir la trampa.

Me quedé allí, mirando la trampa, mi mano arrugando el papel. Y entonces, alcé un brazo y lancé la bola de papel sobre la trampa. Dio contra una de las mandíbulas, rodó hacia un lado pasando a escasos centímetros de la cazoleta y se detuvo entre las mandíbulas.

Tendría que conseguirme un palo o algo parecido, me dije, y hacer funcionar la trampa antes de entrar a mi departamento. Podría llamar a la policía, evidentemente, pero no tendría ningún sentido. Habrían armado un escándalo terrible y me habrían llevado hasta el cuartel. Estaba fatigado y lo único que deseaba era echarme a la cama.

Más aun, todo ese lío le daría un *mal* nombre al departamento, y eso sería una mala cosa para hacerle al viejo George mientras estaba en California. Y a todos mis vecinos les daría un tema para hablar y para conversar conmigo de ello, y yo no deseaba eso. Me dejaban tranquilo y así me gustaba. Estaba muy contento de esta forma.

Me pregunté dónde podría encontrar un palo, y el único lugar en que pude pensar fue en el armario que estaba en el primer piso, en donde se guardaban las escobas, estropajos y la aspiradora y otros trastos. Traté de recordar si el armario estaría cerrado con llave, pero no creí que lo estuviera, aunque no estaba seguro del todo.

Me alejé del muro y me aproximé a la escala. Cuando había llegado a los primeros peldaños, algo hizo que me diera vuelta. No creo haber oído nada. De eso estoy seguro. Pero, el efecto fue el mismo.

Algo me decía que tenía que volverme, y así lo hice, pero con tanta rapidez que se me enredaron los pies y me caí al suelo.

Y aunque me estaba cayendo, pude ver que la trampa se estaba encogiéndose.

Traté de suavizar la caída extendiendo las manos, pero no lo hice muy bien. Me di un buen golpe y mi cabeza chocó con fuerzas y el cerebro se me llenó de estrellas.

Ayudándome con los brazos pude levantarme un poco y sacudirme las estrellas de la cabeza, y la trampa seguía encogiéndose.

Las mandíbulas estaban flojas y todo el conjunto estaba encorvado de una forma muy peculiar. Lo miré con asombro, sin reaccionar, sin moverme, con el cuerpo alzado levemente por los brazos.

La trampa se hizo más y más flexible y comenzó a recogerse en sí misma. Era como si un trozo de plástico es tuviera tratando de recuperar su forma nuevamente.

Y claro que recuperó su forma. La de una bola. Durante todo el tiempo que se había estado encogiéndose había estado cambiado de color y, cuando finalmente se transformó en una bola, su color era tan negro como el alquitrán.

Se quedó allí durante unos momentos, frente a la puerta, y después comenzó a rodar lentamente, como si le costara grandes esfuerzos el comenzar este movimiento.

¡Y rodaba en dirección hacia mí!

Traté de apartarme de su camino, pero aumentó su velocidad y por un momento creí que chocaría conmigo. Era más o menos del tamaño de una bola para jugar a los bolos, quizás un poco mayor, y yo no tenía ningún medio de saber el peso que podría tener.

Pero no chocó conmigo. Solamente me rozó, eso fue todo.

Giré para verla descender la escala, y sucedió algo gracioso. Bajó dando botes por los peldaños, pero no en la forma normal que lo haría una bola. Daba botes cortos y rápidos, no altos y flojos como si hubiera una ley que determinara que debió botar sobre cada uno de los peldaños y con la mayor rapidez posible. Bajó la escala, sin perder un

solo peldaño, y dio vuelta al pilar con tanta rapidez que casi se podía ver el humo.

Me puse de pié con dificultad y me aproximé a la baranda, inclinándome sobre ella para poder ver el piso inferior. Pero, la bola ya se había perdido de vista. No había el menor rastro de ella.

Volví hacia el portal y allí, bajo la luz estaba el manojito de llaves, y también el corte semicircular de un metro en la alfombra.

Me puse de rodillas y recogí las llaves y encontré la que pertenecía a mi puerta. La abrí y entré en mi departamento, cerrando la puerta, rápidamente, antes de darme tiempo a encender la luz.

Encendí la luz y encaminé mis pasos hacia la cocina. Me senté sobre la mesa y recordé que en la nevera había medio jarro de jugo de tomates y que me vendría muy bien beberlo. Pero, no pude soportar siquiera el pensamiento de ello. Lo que realmente necesitaba era un par de vasos de algo fuerte, pero ya había bebido demasiado.

Me senté, pensando en la trampa y en la razón que alguien la hubiera preparado para mí. Era la locura más grande que había visto. Si no hubiera visto la trampa con mis propios ojos, nunca lo hubiera creído.

No era ninguna trampa, evidentemente ninguna trampa común, eso es. Ya que las trampas comunes y corrientes no se encogen y se transforman en una bola y salen rodando cuando no han podido dar caza a su presa.

Traté de explicármelo todo, pero mi cerebro estaba embotado y estaba con sueño y ya estaba a salvo en casa y mañana sería otro día. De manera que dejé todo a un lado y con vacilantes pasos me dirigí a la cama.

## CAPITULO II

Algo me despertó.

Me enderecé bruscamente, sin saber dónde estaba, ni quién era, totalmente desorientado, no embotado, sin sueño, sin estar confundido, pero, con esa claridad mental terrible, fría, que hace que todos sea un vacío en su rápida existencia.

Estaba en un silencio, en un vacío, en una oscuridad de ninguna parte, y esa mente clara, fría, saltaba como una serpiente al ataque, buscando, encontrando nada, y horrorizado por esa nada.

Entonces se escuchó el clamor, ese clamor alto, agudo, insistente enloquecedor, que era totalmente indiferente, como si no fuera para mí ni para nadie, un clamor solamente para sí mismo.

Nuevamente se hizo el silencio y había sombras que eran formas, un rectángulo de tenue luz que se transformó en una ventana, un ligero resplandor desde la cocina en donde estaba encendida la luz, una monstruosidad agazapada, oscura, que era un sillón.

El teléfono lanzó nuevamente su grito estridente, a través de la oscuridad matinal y me levanté de la cama, dirigiéndome enceguecidamente hacia una puerta que no podía ver. Buscando a tientas, lo encontré; el teléfono estaba ahora en silencio.

Atravesé el salón, en la oscuridad, vacilante y ya estaba extendiendo la mano cuando nuevamente comenzó a sonar.

Lo levanté de la horquilla furiosamente y musité algunas palabras. Había algo extraño que sucedía con mi lengua. No quería trabajar.

—¿Parker?

—¿Quién otro puede ser?

—Soy Joe, Joe Newman.

—¿Joe? —Entonces recordé. Joe Newman era el guardián de noche en la oficina del periódico.

—Me disgusta haberte despertado, —dijo Joe.

Lo regañé enfadado.

—Ha sucedido algo gracioso. Creí que deberías saberlo.

—Mira, Joe —le dije—. Llama a Garvín. Él es el editor, A él le pagan por sacarle de la cama.

—Pero, esto ha sucedido en tu calle, Parker. Esto es...

—Sí, ya lo sé —le respondí—. Ha aterrizado un platillo volante.

—No es eso. ¿Has oído hablar del Llano Timber?

—En el lago, —dije—. Fuera de la ciudad, al oeste.

—Eso mismo. El antiguo terreno de los Belmont está al final. La casa está cerrada. Desde que la familia Belmont se trasladó a Arizona. Los chicos usan el camino para hacerse el amor.

—Mira, Joe...

—Ya te explicaré, Parker. Una parejita estaba estacionada anoche allí. Vieron a un grupo de bolas que rodaban a lo largo del camino. Eran como esas bolas de la bolera, una tras otra.

Me parece que le grité:

—¿Qué?

—Vieron estas cosas a la luz de los faros cuando se iban y se aterrorizaron. Llamaron a la policía.

Cambié de posición y tranquilicé mi voz. —¿Encontró algo la policía?

—Solamente huellas, —dijo Joe.

—¿Huellas de bolas, de esas de bolera?

—Sí, creo que así las podrías llamar.

Le respondí:

—Quizás, los chicos habían estado bebiendo.

—La policía dice que no. Ellos hablaron con los muchachos. Solamente vieron las bolas que rodaban por el camino. No se detuvieron a investigar. Se alejaron rápidamente del lugar.

No respondí. Estaba tratando de buscar algo que decir. Y estaba atemorizado. Helado de espanto.

—¿Qué piensas, Parker? —No lo sé— dije. —Quizás es imaginación. Una broma a los policías.

—La policía encontró huellas.

—Pueden haberlas hecho los chicos. Pueden haber hecho rodar unas bolas por el camino, eligiendo las partes de tierra. Creyeron que sus nombres podrían salir en los periódicos. Se aburren, se enloquecen...

—Entonces, ¿no lo vas a utilizar?

—Mira, Joe, yo no soy el editor. No me corresponde. Pregúntale a Gavin. Él es el que decide lo que debemos publicar.

—¿Y tú crees que no se le puede sacar nada? ¿Que es un engaño?

—¿Y cómo demonios lo voy a saber? —le grité.

Se enfadó conmigo. Y no le culpo mucho. —Gracias, Parker. Perdona por haberte molestado—, me dijo, y colgó; el teléfono tomó su sonido característico.

—Buenas noches, Joe —dije al receptor—. Perdona por haberte gritado.

Me hizo bien el decirlo, aunque él no lo escuchara.

Pensé en la razón por la cual había desbaratado su historia, por qué había tratado de sugerirle que no era más que una broma de muchachos.

Porque, maldito estúpido, estás asustado, dijo ese hombrillo interior que a veces le habla a uno. Porque darías cualquier cosa por convencerte que no hay nada real. Por-

que no quieres que se te recuerde lo de la trampa en el portal.

Puse el receptor en la horquilla, y mi mano estaba temblando, de tal forma, que el teléfono emitió un repiqueteo al depositarlo.

Me quedé allí en la oscuridad y podía sentir el terror que se cerraba en torno a mí. Y cuando traté de tocar el terror con un dedo, no había nada allí. Ya que no era terrible; era cómico, una trampa dispuesta frente a una puerta, un grupo de bolas paseando silenciosamente por el campo. Era el material del cual estaban hechas las películas cómicas. Era algo demasiado ridículo para creerlo. Era algo que a uno le haría reírse a carcajadas mientras le estaba matando.

Si es que deseaba matar.

Y esa era, ciertamente, la pregunta. ¿Su finalidad era matar?

¿Había sido esa trampa en la puerta, una verdadera trampa, realmente de acero o su equivalente? ¿O solamente un juguete, hecho de inocente plástico o su equivalente?

Y la pregunta más difícil de todas, ¿había estado realmente allí? Yo sabía que sí, evidentemente. La había visto. Pero, mi mente se esforzaba por rechazar la idea. Por mi propio bien y mi sano juicio, mi mente alejaba el pensamiento y la lógica se negaba aún al principio de la idea.

Ciertamente, yo había estado borracho, pero no tanto como eso. No borracho perdido, o para ver visiones, solamente un ligero temblor en las manos y en las rodillas.

Ahora, me encontraba bien —excepto por esa soledad y frialdad en la mente. Resaca del tipo tres— y, en muchas formas, la peor de todas.

Mis ojos ya casi se habían acostumbrado a la oscuridad y pude distinguir la masa informe de los muebles. Fui hasta la cocina sin tropezar con nada. La puerta estaba ligeramente entreabierta y a través de la abertura se desprendía un rayo de luz.

Había dejado la luz encendida cuando me había dirigido dificultosamente hasta la cama y el reloj de pared indicaba que eran las tres y media.

Descubrí que estaba más que a medio vestir y la ropa bastante arrugada. Estaba sin zapatos, la corbata estaba aún ceñida al cuello, y todo era un desastre.

Allí me quedé, aconsejándome interiormente. Si volvía a la cama a estas horas de la madrugada, dormiría como un tronco hasta la tarde o más, y me despertaría sintiéndome horriblemente mal.

Pero, si me lavaba y comía algo y me iba a la oficina temprano, antes que nadie llegara, podría avanzar mucho el trabajo y salir temprano y tener un buen fin de semana.

Y era día viernes y tenía una cita con Joy. Me quedé allí durante unos instantes, sin hacer nada, sintiéndome muy bien con el pensamiento puesto en el viernes por la noche y en Joy.

Lo planeé todo, tendría justo el tiempo para hervir el agua para el café mientras tomaba una ducha, y comería tostadas y huevos con tocino y bebería mucho jugo de tomates, que podría hacer por la fría soledad mental que me embargaba.

Pero, antes que nada, echaría una mirada en el portal para ver si el semicírculo aún estaba cortado del alfombrado.

Fui hasta la puerta y miré.

Frente a mí el absurdo semicírculo de desnudo suelo.

Me burlé levemente de mi dubitativa mente y de mi ultrajada lógica y volví a la cocina para hacer hervir el agua para el café.

## CAPITULO III

La oficina de un periódico, temprano en la mañana, es un lugar frío y desierto. Es de gran tamaño y vacía, y está limpia, tan limpia que desanima. Más tarde, durante el día, toma cuerpo el desorden que la hace cálida y humana —los papeles unidos y desparramados sobre los escritorios, las bolas de papel copia arrugado tiradas por el suelo, los largos clavos repletos de papeles. Pero, en la mañana, después que los encargados de la limpieza la han ordenado, tiene la palidez de una sala de operaciones. Las pocas luces que están encendidas parecen ser demasiado brillantes y los desnudos escritorios y sillas, ubicados con tanta precisión, expresan una difícil eficiencia—, esa eficiencia que más tarde se ve disimulada y suavizada cuando el personal trabaja arduamente y el lugar está repleto y ese extraño colorido de manicomio que va con cada edición del periódico está llegando a su punto culminante.

El personal de la mañana ya hacía algunas horas que se habían marchado a casa y Joy Newman también se había ido. Creí que podría haberlo encontrado allí, pero su escritorio estaba tan bien ubicado y limpio como el resto y no había rastros de su presencia.

Los potes con la goma, recientemente limpiados y rellenos con goma fresca, estaban alineados solemnemente sobre los escritorios de la editorial y de las copias. Cada pote estaba adornado de un pincel introducido en la goma en elegante ángulo. Las copias de los cables estaban ordenadas con precisión sobre el escritorio de las noticias. Y desde el rincón se escuchaba el sonido sordo de las máquinas